



Un día en la lonja

Mar del Rey Gómez-Morata

La cazuela de barro descansa sobre el fuego mientras el sonido de las conchas al chocar con el lateral da ritmo a la tarde, es un ritmo lento, marino: clic, clic, clic. Poco a poco el olor a patatas con chirlas se propaga por toda la casa.



Julio abre la ventana de la cocina y una brisa de invierno entra al tiempo que otra de vapor sale hacia el exterior. Enfrente ve cómo las nubes se van cerrando sobre los edificios de la ciudad.

- ¡No quiero dormir siesta!

Un niño de unos seis años sale corriendo vestido sólo con una camiseta sin mangas y unos calzoncillos, mira a los dos lados sin saber muy bien a dónde ir y gira bruscamente a la derecha justo antes de que su madre aparezca en el pasillo.

- ¡Julio!, ¡ven aquí ahora mismo! -la mujer gira hacia la izquierda y continúa buscando al niño por el otro lado de la casa.

Julio, ha entrado en el salón y se esconde detrás del sillón que hay cerca de la ventana, desde ahí observa cómo salen los barcos de los pescadores. La habitación está en la penumbra.

- ¡Deberías ir a tu cuarto antes de que se enfade más!

El niño da un respingo, la voz de su abuela le ha asustado. Luego levanta la cabeza y la apoya en el brazo del sillón en busca de su abuela, que descansa en el sofá.

- Pero ¡no tengo sueño!

- Seguro que si lo intentas, te duermes.

- No, ya lo he intentado otras veces y me aburro...

- Entonces podrías contar las bocinas de los barcos.

- ¡Pero si no se oyen desde aquí!

- Claro que se oyen, si estás en silencio.

- ¡Julioooo!

Se escucha a la madre aproximarse.

- Anda ven aquí, le dice la abuela en bajito.

El niño se acerca, la abuela le acaricia la cabeza con cariño.

- Si te portas bien, mañana podrás venir conmigo a la lonja, a comprar pescado ¿quieres?

- Pero, mamá no me deja ir hasta allí.

- Ése es mi problema, tú cumple con tu parte que yo cumpliré con la mía...

- Julio

La voz de la madre se va acercando, el niño mira a su abuela, ésta le sonríe y vuelve a acariciarle, mientras lo hace, Julio reconoce ese olor tan característico a cocina que siempre tienen las manos de su abuela.

- Trato hecho –dice y sale corriendo.

A la mañana siguiente cuando su abuela entra en la habitación para despertarle, Julio tarda en abrir los ojos, el sol aún no ha salido, el cuarto está en la penumbra, la abuela dice su nombre con suavidad. Julio distingue el olor a ajo y perejil recién cortados que desprenden las manos de su abuela, que debe llevar un rato levantada preparando la comida del día.

- Vamos Julio, tenemos que irnos.

- ¿Irnos?- repite el niño entre sueños-

- Sí, a la lonja, ¿recuerdas? Y allí el movimiento empieza temprano. Julio salta de la cama como si tuviera un resorte, ¡claro que lo recuerda!, su abuela le había prometido llevarle hasta la lonja y por fin ha llegado el día. Va a la cocina y desayuna con rapidez, en el aire aún flota el olor al sofrito que ha preparado la abuela.

- Cuando volvamos te enseñaré a preparar patatas guisadas con chirlas, ¡verás que rico! Pero, ¡date prisa! No vaya a ser que nos quiten el mejor pescado.

De camino a la lonja les acompaña el sonido de los motores de los barcos que resuena desde el horizonte, al enfilear el muelle de los pesqueros les ven hacer maniobras y amarrar, unos pegados a otros. Todavía el camino está tranquilo, Julio y su abuela son las únicas personas que andan por el muelle. Cuando llegan a la lonja, el sol empieza a salir de detrás de las montañas iluminando el puerto. Allí están dispuestas varias mesas alargadas.

- ¡Qué bien somos los primeros!-dice la abuela- ahora verás todos los peces que traen, y luego en un rato empezará la subasta.

De los barcos van descargando cajas, el olor a pescado se extiende por todas partes. Julio se entretiene con el color de cada uno, el tamaño y las otras sorpresas que aparecen entre las redes: cangrejos, pececitos y algas.

Los dos pasean alrededor de las cajas de madera que los pescadores van colocando en orden, Julio nunca ha visto tantos peces juntos. Los hay grandes y pequeños, azulados y rojizos, al principio le dan un poco de miedo porque todos le miran con unos ojos grandes hieráticos y va de la mano de su abuela, pero después como quiere ir más despacio para poderlos ver bien se separa y se queda admirando uno por uno.

Su abuela le llama está parada delante de un puesto, él se acerca observando a cada paso al hombre que lo regenta, mantiene la mirada fija en él como si no se fiara, como si quisiera protegerse de alguna manera. Es un hombre corpulento, lleva unos pantalones bastante manchados por la faena y un delantal de plástico de color verde oscuro, se mueve a pasos rápidos y enérgicos. Sus manos son grandes y sólo con mirarlas se sabe que huelen a pescado y que han olido así durante años. Tiene la tez morena, tan quemada ya, que no recuerda su color original. Julio duda entre avanzar o salir corriendo, el hombre parece notar lo porque le sonrío con amabilidad:

- ¿Te gusta la lonja?

Julio asiente.

- Es la primera vez que vienes ¿verdad?

- Sí

- A los niños que se atreven les dejo que cojan ellos mismos lo que vayan a comprar, ¿qué te parece?

La cara de Julio se ilumina de repente, una mirada rápida le confirma que su abuela le da permiso, entonces de entre las cajas busca la de las chirlas, alarga la mano y coge un puñado, las conchas están frías y huelen a mar.

Julio entra en la cocina, examina el guiso, coge una cuchara de madera y prueba con los ojos cerrados.

- Perfecto

En la calle se cierra bien el abrigo y se pone un gorro de lana, coge el primer taxi que encuentra:

- Vamos a la Residencia El faro –por favor.

A pesar de ser domingo no hay mucha gente, el frío no parece animar a salir, por lo que llegan sin problemas. La señorita que atiende en recepción le indica que le están esperando para comer, él sonríe y señala la bolsa con el *tuper*, ella le indica hacia una habitación.

- ¡Feliz cumpleaños abuela! ¡Adivina qué te traje hoy para comer?

La abuela está sentada en una butaca cerca de la ventana, al escuchar la voz de su nieto gira la cabeza lentamente y le mira con ojos vacíos.

- Hola, ¿qué dices?

Julio le da un beso, luego se agacha para ponerse a la vista de la anciana.

- Abuela ¡hoy es tu cumpleaños!

La señora no parece entender sus palabras.

- Aún no comí, se hace tarde y no trajeron comida, ¿qué hora es?...

- Tienes razón vamos a prepararlo todo.

Julio coloca un pequeño mantel y los cubiertos en una mesita con ruedas, por último abre el *tuper*, el aroma del guiso aún caliente se escapa, la anciana olfatea con los ojos cerrados.

- Umm patatas guisadas.

Julio sonrío.

- Te hice tu plato favorito, ¿recuerdas?

La abuela abre los ojos y mira a Julio, luego le acaricia la cabeza con cariño y dice:

- Si te portas bien, mañana temprano iremos a la lonja.

A lo lejos se escucha el pitido de un barco que se hace a la mar.
